

VILLEGAS ES EL PADRE DE LA ANACREONTICA ESPAÑOLA

(Alegato contra el Sr. Astrana Marín)

POR

ELADIO DEL CAMPO

A Monsieur PIERRE HENRY RIX, antiguo Prefecto, que me abrió las puertas de la sede del Humanismo Francés que es «L'Assotiation Guillaume Budé», le ofrezco estos modestos trabajos sobre el mayor humanista riojano de todos los tiempos: Don Esteban Manuel de Villegas, llamado.

Luis Astrana Marín publicó en 1952, (M. Aguilar, Madrid), las *Obras completas de Don Francisco de Quevedo Villegas*, Edición Crítica. En el tomo *Obras en verso*, (p. 673), insertó el *Anacreón Castellano con Paraphrasi y Comentaríos*, bajo el seudónimo de D. Francisco Gómez de Quevedo, con el que quiso presentarse el gran satírico.

Esta *paráfrasi y traducción* están hechas «según el original griego más corregido, con declaración de lugares dificultosos», afirma su autor.

Sabido es que *Las Anacreónticas* fueron publicadas por primera vez por el francés Henri Estienne en París, 1554; el título latino era: *ANACREONTIS TEH ODAE, ab Henrico Stephano luce et latinitate nunc primum donatae*; esta edición contenía 55 odas, algunas poesías atribuidas a Anacreonte y a Alceo, 2 odas de Safo, observaciones críticas en latín y la traducción en verso latino de 31 odas.

Las Anacreónticas eran, en gran parte, una colección de «pastiches» de Anacreonte, compuestos desde el siglo II antes de Jesucristo hasta el siglo IV de nuestra era; provenía de la an-

tología reunida por Constantino Céfalas en el siglo XI (Bulletin de l' A. G. Budé, 4 série, n.º 4 décembre 1958, Robert Aulotte).

Se ha negado a Henri Estienne la paternidad de la versión latina de las 31 odas.

Quevedo lo llama, castellanizando el nombre, Henrico Stephano. En su *declaración de lugares dificultosos* nuestro escritor examina las lecturas e interpretaciones del humanista francés, haciendo «conjeturas llenas de habilidad que demuestran un sólido conocimiento de la antigüedad griega». «La obra está llena de agudezas filológicas, estudios métricos y establecimientos de textos, todo ello avalorado por cuarenta y ocho autoridades» (1). Entre las autoridades citadas hay algunas humanistas y poetas del Renacimiento como Belleau, primer traductor en francés de las Anacreónticas, Elías Andreas que, en su edición de 1556 (edición que he podido consultar en la Biblioteca Nacional de Madrid) publicó su traducción completa latina; Erasmo, José Escaligero, Francisco de Rioja, etc. Vale la pena de copiar el pasaje referente a éste.

En sus comentarios a la Oda V de Rosa dice: «Tiénese por cierto que es himno de Sapho acomodado aquí éste:

Mezclemos con el vino diligentes
la rosa.

Parece que alude al uso que tenían los antiguos de beber echando flores al vino, ya por sanidad, mejor por deleite y regalo, ya apostando a beber las coronas. Advirtióme desto el licenciado Francisco de Rioja, hombre en España de singular juicio y buenas letras» (pág. 684).

La versión de Quevedo ha sido muy elogiada por la crítica: A. G. Palencia y Eugenio Mele la califican de «bellísima paráfrasis» en su trabajo *El Amor, ladronzuelo de miel* (2). Ignacio Olagüe en su magistral obra *La Decadencia Española* habla de ella con grande estima.

Astrana Marín, en la obra arriba citada, apéndice V (p. 1204) publica un estudio titulado: *Anacreonte introducido en España por Quevedo*; en él narra la vida «del dulcísimo poeta de Afrodita y Dionisos»; hace historia de la edición Princeps susodicha; expresa el entusiasmo de Pierre Ronsard ante la aparición

(1) *Quevedo, su tiempo, su vida, su obra*, por Antonio Papell, Ed. Bar-
na, Barcelona 1947, pág. 305.

(2) B. de la Real Academia Española, tomo XXIX, cuaderno CXXVIII,
pág. 380.

de lo que él creía *L'Anacréon retrouvé*; cita a los principales editores; habla del sinnúmero de sus traductores y, finalmente, de la paráfrasis de Quevedo.

El Sr. Marín pretende explicar el por qué el gran saútrico no hizo traducción literal sino paráfrasis: «Poeta genial también, dice, no podía Quevedo en todas ocasiones ajustarse estrictamente al constante dímetero yámbico cataléctico del original, con frecuencia corrupto, ni para la gala del metro castellano, prescindir del aliciente de la rima. Por eso calificó su trabajo de paráfrasis, empleando, además del heptasilabo, el endecasílabo, el verso octosilábico etc.» (pág. 1208).

Habla luego de la traducción literal de algunos extranjeros como la del italiano Michelangeli, de sus ventajas e inconvenientes.

Hagamos primeramente una aclaración: los metros de las Anacreónticas son dos, no uno: el dímetero yámbico cataléctico y el dímetero jónico a minore anaclomeno acataléctico. (ALM, p. 379). Por ello Paul Pierre Rable, en su edición de 1855, se sirvió del heptasilabo y del octosilabo franceses y nos dice: «Ces deux formes suffisent a rendre tous les petits vers d'Anacréon». (p. 15). Claro es que el dímetero yámbico cataléctico cuyo semi-pié inicial tiene la forma U U, se confunde con el dímetero jónico a minore anaclomeno acataléctico; más adelante volveré sobre este asunto.

Creemos, por otra parte, que un gran poeta como Quevedo, con su inmensa maestría de la lengua española, si se hubiera propuesto llevar a cabo una versión literal, la hubiera realizado con mayor perfección que cualquier humanista; tenemos traducciones verso a verso de las Eglogas de Virgilio por Paul Valéry y de las Anacreónticas por el arriba citado P. P. Rable; éste empleó en su trabajo largos años y nos dice con cierta vanidad que, si una oda salió con un verso de más, otra cuenta uno menos; total, tablas. Pero una traslación verso a verso no es por ello literal y la de Rable no lo es ni mucho menos.

Creo que Quevedo era el escritor español mejor preparado y más capacitado para dar término a una tarea similar; pero no se lo propuso, porque quizás las ideas de la época eran distintas; gustaban más de la imitación que de la versión exacta; así Pierre Ronsard.

La diversidad caprichosa de metros y estrofas que empleó Quevedo, nos demuestra que tampoco buscó como Villegas sino

la literalidad, al menos, «traducir en la misma cadencia en que está en griego».

El problema era doble: obtener una versión fiel al sentido o reproducir «la misma cadencia» y «números» que tenía el original; Villegas se propuso lo último; Quevedo ni lo uno ni lo otro; éste buscó en las Anacreónticas dar curso a su rica vena poética y lo logró maravillosamente; por ello no debe pedírsele más ni atribuirle otros méritos.

Pero el Sr. Marín, erudito esclarecido, hace una afirmación tan categórica como arbitraria, afirmación que ha dado origen a estas líneas, al decir:

«Yerra Quintana (figura hoy sin relieve) cuando erige al cascarrabias Villegas en padre de la anacreóntica española. Del mismo error, por seguirle, participa D. Federico Baráibar. ¿Cómo no repararon en que las Eróticas de don Esteban Manuel dimanan de 1618, y la paráfrasis, traducción y comentario de Quevedo, lleva fecha de 1609? Nadie hasta entonces se había ocupado seriamente en España del lírico jónico, «famoso autor en todas lenguas y no visto en la nuestra», como dice a Osuna Don Francisco» (pag. 1209).

El primer traductor de Anacreonte fué, así lo reconoce el Sr. A. Marín, el conde de Haro, don Juan Fernández de Velasco; de su versión de 1582, total o parcial, no quedan más que algunos versos recogidos por Herrera en su *Opúsculo al Prete Iacopín*.

Primer traductor de Anacreonte, y «padre de la anacreóntica española» son dos cosas distintas; el razonamiento de Sr. A. Marín carece de base; si Quevedo hizo su admirable paráfrasis en 1609, la edición princeps es de 1794, Madrid, imprenta de Sancha (como el Sr. Marín lo afirma en la pág. 673). El conocimiento del manuscrito de Quevedo, por copias, tuvo que ser muy restringido. En cambio la edición de las Eróticas en 1618, tuvo una gran resonancia por la originalidad de sus poemas, de sus ensayos métricos, ante todo, y por la petulancia de su joven autor, al poner al frente de su obra un grabado representando las estrellas que desaparecían ante la luz del sol saliente con el lema: *Me surgente quid Istae?* Sabido es que las estrellas prefiguraban a los ingenios de España y el sol al mismísimo D. Esteban Manuel de Villegas.

Se llevó, pues, a cabo la publicación de la traslación de Quevedo la friolera de 175 años más tarde o sea a fines del siglo XVIII; esta publicación se debió sin duda al resurgir del gusto anacreóntico en esta centuria; mas como la influencia de Vi-

llegas fue determinante sobre el anacreontismo dieciochesco, en algo quizás se deba al riojano la impresión de la versión del gran satírico.

Claro es que los escritores y humanistas del XVII conocieron más o menos fragmentariamente la traducción quevedesca; prueba de ello es el soneto 62 (1609-1617) atribuido a Góngora y dirigido a Don Francisco de Quevedo:

Anacreonte español, no hay quien os tope,
que no diga con mucha cortesía,
que ya que vuestros pies son de elegía,
que vuestras suavidades son de arroje.

Góngora comete la injusticia de negar a Don Francisco conocimiento del griego como la cometió luego don José Antonio Conde al negárselo a nuestro Villegas; he aquí los versos del primero:

Con cuidado especial vuestros antojos
dicen *que quieren traducir el griego*,
no habiéndolo mirado vuestros ojos... (1).

Ignacio Olagüe, arriba citado, dice: «Es sabido que don Francisco (de Quevedo) le dió a conocer en España (se refiere a *Montaigne*) así como a *Anacreonte*» (2).

Olagüe, científico e historiador, no hace sino recoger la opinión de Astrana cuya obra ha estudiado proflijamente; pero su afirmación es menos categórica y más admisible en el sentido de que Quevedo fue el primer traductor, aunque no el introduccionador del género anacreónico en España.

Villegas, los poetas y los críticos literarios

Villegas, desde su época hasta nuestros días, ha sido tenido y estimado como «el poeta anacreónico» por excelencia; de tal modo que hasta han sido ignorados o menospreciados por ello algunos aspectos, interesantes, de su obra poética.

Sus contemporáneos no parece que le guardasen rencor por su petulancia juvenil y así Lope, en su *Laurel de Apolo*, escribió:

Aspire luego de Pegaso al monte
el dulce traductor de Anacreonte,
cuyos estudios con perpetua gloria
librarán del olvido su memoria,

(1) Véase Góngora y el *Polifemo*, de Dámaso Alonso, pág. 56.

(2) DEO, tomo I, pág. 165.

... aunque dijo que «todos» se escondiesen cuando los rayos de su ingenio viesén.

En el siglo XVIII los poetas, Cadalso, Meléndez, Fr. Diego González, Iglesias y otros, lo imitaron y los traductores de las Anacreónticas, como veremos, lo tuvieron presente para imitarlo y a veces copiarlo (como los hermanos Canga Argüelles) o para impugnarlo como Conde; lo mismo se podría decir de los preceptistas.

Alonso Cortés es categórico: «Parecerá hiperbólico, dice, pero puede afirmarse que en torno de Villegas giró casi toda la poesía de aquella centuria» (siglo XVIII) (1). Según el mismo autor las traslaciones de Villegas son más anacreónticas que ninguna otra, incluso las de Quevedo; para ser exactos, Cortés dice literalmente: «Todo lo dicho va también aplicado a las traducciones de Anacreonte. Ni tienen éstas —ya lo demostró Castillo y Ayensa— los defectos que pretendió D. José Antonio Conde, ni ningún traductor español de Anacreonte —*incluso Quevedo*— ha igualado a Villegas en la gallardía de la dicción» (2).

Los señores Palencia y Mele afirman: «Con justa razón, Lope de Vega, en su Laurel de Apolo, llamó a Villegas «el dulce traductor de Anacreonte», y con perdón del moderno editor de las obras de Quevedo, D. Luis Astrana Marín, debemos reconocer que a él, no a Quevedo corresponde el mérito de haber introducido Anacreonte en España». Esta categórica afirmación del señor Palencia, conocida por mí después de haber comenzado mis trabajos sobre Villegas hace tres años, me ha causado particular placer.

D. Juan María de Cossio en sus «Fábulas Mitológicas de España» abunda en los mismos conceptos, apoyando la afirmación anterior (pág. 584) cuando dice: «por la (parte de su producción) que —Villegas— siempre será recordado en nuestra historia literaria, nada tiene que ver con Argensola ni con Horacio. Me refiero a sus cantinelas y a sus traducciones de Anacreonte, *singulares por su tono y hasta por su metro en la poesía de su tiempo* y que parecen más bien y son, *encabezamiento del género anacreóntico*, tan típico del siglo XVIII, que tuvo a este poeta en *predicamento de modelo y de maestro*».

El subrayado es mío.

(1) Eróticas o Amatorias, Clásicos Castellanos, XXI.

(2) Ib. XXII.

Juan Tamayo y Rubio (1), nos presenta a Cadalso, Meléndez y Fray Diego González en sus veladas salmanticenses «tal vez con un volumen del poeta Villegas en la mano y abriendo una pausa en la lectura para nombrar a algunos de los amigos madrileños». En carta «en tono festivo y frailuno» escrita por Cadalso como si fuera del joven Meléndez, dice: «Padre Nuestro. Bendicite. Me muero cuando leo algo del venerable Anacreonte, o bien en su hermosísimo original, o ya en las primorosas traducciones e imitaciones del maestro Villegas» (XXIV).

Así podríamos aducir fácilmente otros testimonios que justifican el llamar a Villegas «padre de la anacreóntica en España» y corroboran el haber sido tenido a través de los siglos «en predicamento de modelo y maestro».

Pero la influencia de Villegas en la literatura Española es triple: *literaria*: es decir, de sugestión de su poesía sobre los lectores y literatos más o menos conocedores de las lenguas clásicas; *humanística*: de influjo sobre los traductores de las anacreónticas; todos parten de él, no de Quevedo, para discutirlo o imitarlo; así los hermanos Canga Argüelles. 1795, José Antonio Conde (2), 1796; D. José del Castillo y Ayensa, 1832; y *métrica*: al imponer el verso heptasilábico como característico del género.

Quizás, no sin alguna exageración, se podría decir que los traductores que se han inspirado en el najerino, han acertado y los que no, han fracasado. Ayensa había dicho que «el enemigo temible para todo el que emprenda traducir a Anacreonte es Villegas»; con lo que parece querer significar que el autor imponía de tal modo su estilo que casi era imposible librarse de él.

El fracaso de José Antonio Conde es muy significativo; Conde extremó la censura contra D. Esteban Manuel; en el prólogo de su obra declara: «No quiero decir nada del mérito de mi traducción, ni temo el juicio de los inteligentes en ambas lenguas: también es fuera del caso referir las muchas traducciones que se han hecho en Italia, Francia e Inglaterra, y presentar sus defectos, y los infinitos de la miserable de nuestro Cisne de Naxerilla, sólo un estúpido tan ignorante del Griego, como de las reglas de buen gusto, puede contentarse de su mala traducción; fuera de que yo no pretendo alzarme sobre las ruinas de otros».

(1) En Cadalso, *Cartas Marruecas*, Clásicos Castellanos, Espasa Calpe, Madrid, 1950.

(2) A. Marín trae, por errata sin duda, la fecha de 1746.

Este «contentarse de» por «contentarse con» tiene un marcado resabio galicano.

Si paramos mientes en los juicios de la crítica moderna, el que se alzó sobre las ruinas de Conde es «un estúpido tan ignorante del griego» que se llama D. Esteban Manuel de Villegas.

Ya Quintana, admirador del riojano (léase arriba el juicio injusto sobre éste de Astrana Marín), en sus *Poesfas Selectas Castellanas*, volumen II, pág. 554, juzga con severidad a Conde al aseverar que su obra «a juicio de los inteligentes, carece de mérito y apenas es hoy consultada por los eruditos, a pesar de ser tan reciente su memoria».

Castillo y Ayensa dice, 36 años después de la aparición de la versión de D. José Antonio: «La memoria de Conde es muy reciente y debe ser respetada por la crítica, aunque su obra no parezca muy severa»... «Conde ha desconocido el uso recto del asonante, colocándole mal en la mayor parte de las odas... Toda la traducción está llena de estas faltas que oscurecen los buenos versos de Conde, y debilitando la armonía, cualidad esencial en toda composición anacreóntica, la dejan desnuda de aquel gracejo en que consiste su principal ornato...» (Palencia-Mele, vid. pág. 389).

Alardeaba de la fidelidad de su traducción, de su conocimiento del griego, pero incurre en inexactitudes como Villegas, con la agravante de carecer del estro poético, del don musical y del «gracejo» de éste.

José María de Cossío ha visto también esta diferencia específica al tratar de la traducción de Museo por Conde; nos dice que el genio poético de D. José Antonio, era nulo, si bien después añade «que la esterilidad poética era de la escuela y no de los poetas» (pág. 833). Aquí el señor Cossío plantea un interesante problema estético y un problema de historia literaria. «el Neoclasicismo (pongamos por ejemplo: Conde) se propuso transcribir con toda fidelidad *los estilos y los conceptos* de la antigüedad clásica, sin considerar que *la esencia poética* se evaporaba al cambiar las palabras en tanto que el *Renacimiento* (leamos Villegas) nunca renunció al *ímpetu* y trató más bien de transferir a sus odas la actitud vital de los poetas y los artistas de la antigüedad». Esto es verdad, según el citado crítico, aun cuando los clásicos no buscasen la similitud de metros y los neoclásicos tratarasen de hacerlo; pero, por lo que respecta al riojano, sabemos que un rasgo de su originalidad fue la de pretender trasladar a su obra, amén del espíritu, la belleza de las

formas clásicas; y es posible que esta peculiaridad explique, en parte, su predicamento entre los poetas neoclásicos del siglo XVIII».

Rebatida la afirmación del Sr. Astrana Marín con la cita de opiniones de críticos, traductores y poetas, pasemos a exponer minuciosamente la influencia de Villegas en los hermanos Canga Argüelles cuya versión data de 1795. La edición de la Paráfrasis de Quevedo es de 1 año antes (1794, Madrid, Imprenta Sancha), los Canga Argüelles la conocieron sin duda, pero no la imitaron; esta falta de influencia de Quevedo en ellos es una prueba más contra la aserción gratuita del señor A. Marín.

Don José y Don Bernabé Canga Argüelles

Al volver mi atención hacia Villegas, por impulso nostálgico e inclinación humanística, di en la Biblioteca de la ciudad de Marsella, con una edición Políglota de las anacreónticas, publicada bajo la dirección de J. B. Monfalcón, en París, 1855, texto griego fijado por Brunk y revisado por Boissonade; versión latina de Henri Estienne y de Elie André; versión francesa en prosa de Grégoire y de Collombet («lo más literal posible» dicen, pero no exenta de defectos, a mi parecer); versión francesa en verso de los señores S. Victor, F. Didot, Veissier, Descombes, Fauche, Vignan, etc.; ídem inglesa de Fawkes, Broome, Greene; ídem alemana por Degen; ídem italiana por Rogati, y finalmente versión española en verso heptasílabo, como la de Villegas, por Don Joseph y Don Bernabé Canga Argüelles.

El ejemplar de la edición políglota, de hace 126 años, estaba a medio abrir y sentí la voluptuosidad morosa de acariciar por primera vez sus finas páginas de papel biblia, al coger la plegadera e ir cortando sus pliegos como quien cumple un acto ritual.

Mi intención era la de comparar las Monóstrofes de Villegas con el texto griego; de paso trabé conocimiento con unos traductores de los que no tenía noticia alguna. Los Canga Argüelles han merecido de A. Marín el calificativo de «traductores y comentaristas algo esmerados» (1). El autor de la Advertencia preliminar de esta edición dice que «sin igualarla en mérito (a la traducción alemana de Degen «recomendable por su

(1) OVQ., pág. 1.210.

concisión y fidelidad») la traducción en versos españoles de los hermanos Argüelles, es con todo estimable, la preferimos a la de Villegas». No se especifican las razones de esta preferencia, pero se puede suponer que son las de atenerse a una mayor literalidad y contener todas las anacreónticas. En el apéndice se habla, con poco aprecio, de la versión de un poema horaciano de D. Esteban Manuel.

Pero al ponerme en contacto con las traducciones de Canga Argüelles, me esperaba una gran sorpresa: éstos habían estudiado tan atentamente las Monóstrofes del riojano que, a veces, le habían tomado prestados versos enteros; esto era una prueba más de la influencia de Villegas no sólo en los poetas dieciochescos sino que también en los helenistas traductores.

En Palencia y Mele (1) leí mucho después que A. Rubio Lluch en su tesis doctoral sobre Anacreonte, ya en 1878, se había percatado de esta influencia: «la traducción (de los C. Argüelles), dice éste, está hecha con gracia y desenfado, se conoce que sus autores *tuvieron muy presente el Anacreón del cisne de Nájera, por lo que imprimieron al suyo toda la ligereza y suavidad de las odas del primero*».

Un poco excesiva me parece la última afirmación; a pesar de su mérito evidente, no deja de transparentarse a veces, en la versión de aquéllos, esa falta de ritmo y elegancia que es defecto de los que no son verdaderos poetas; mas la afirmación del señor Rubio Lluch tiene suma importancia; de ella podemos deducir que la imitación de los C. Argüelles no se redujo a la letra sino que se extendió a la musicalidad y armonía del verso, «cualidad esencial en toda composición anacreóntica», como dijo Castillo y Ayensa.

A seguido añade el autor catalán: «A estas circunstancias de galanura de expresión, reúne la traducción que nos ocupa *cierta concisión en algunas de sus odas*, que alcanzan a ser vertidas en el mismo número de versos del texto griego... sin ser superior a la de Villegas, es también más útil y apreciable que ésta» (2).

Más «útil» quizás pueda ser para los no helenistas que busquen una traslación más ceñida al original; lo de «más apreciable», a no ser en este sentido, no lo entiendo.

El estudio que sigue, tiene la pretensión de aquilatar la

(1) ALM 387.

(2) Ibidem.

deuda de los C. Argüelles para con Villegas y de llevar las anteriores afirmaciones de Rubio y Lluch a sus verdaderos límites. Quizás no fuese exagerado decir que sin las Monóstrofes del riojano la versión de los ingenios asturianos no hubiera nacido nunca.

De Bernabé no sabemos nada; digamos algo sobre José, que fue un personaje importante en la política liberal del s. XIX y un economista de nota. Nació en Oviedo, en 1770; su padre, D. Felipe, fue fiscal del Supremo Consejo de Castilla; la formación de ambos hermanos fue clásica.

José fue diputado en las Cortes de Cádiz, colaboró activamente en los trabajos de la Constitución; llegó a ser ministro; estudió los problemas de la Hacienda, ya teóricamente en obras como su *Diccionario de Hacienda para el uso de la suprema dirección de ella* (Londres, 1827-28) ya prácticamente en los cargos que desempeñó. Su autoridad como economista sigue siendo reconocida, ya que Ignacio Olagüe, en el capítulo *La Economía Española* de su obra ya citada (1), transcribe repetidas veces, datos estadísticos del *Diccionario* de nuestro heleanista. Siguió las vicisitudes de los constitucionales, sufriendo destierro en Peñíscola y Londres; fue jefe del Archivo de Simancas en el último período de su vida, y preparó una *Historia General de España*; exaltó la gloria del pueblo español durante la Guerra de la Independencia en su obra *Observaciones sobre la historia de la guerra de España* que escribieron Clarke, Southey, Londonberry y Napier, impugnando la parcialidad de estos escritores que atribuían injustamente todo el mérito de aquella lucha titánica al Ejército Inglés. Llegó a ser Conde de Canga Argüelles.

Las traducciones de poetas griegos llevadas a cabo por ambos hermanos son tres: *Obras de Anacreonte* traducidas del griego en verso castellano por Don Joseph y Don Bernabé Canga Argüelles, 1795; en Madrid en la Imprenta de Sancha.

«Obras de Safo, Erinna, Alcman, Stesicore, Alceo, Ibico, Simónides, Bachelides, Archiloco, Alpheo, Pratino, Menalípides», traducidas del griego en verso castellano por Don Joseph y Don Bernabé Canga Argüelles; Madrid, Imprenta de Sancha, 1796.

«Obras de Píndaro», por los mismos. Madrid, Sancha, 1798 (2).

(1) DEO T. I, pág. 285.

(2) ALM, Tomo I, pág. 387.

Se podría decir que las traducciones de las Anacreónticas han sido frecuentemente obra de juventud: Quevedo las tradujo a los 28 años; Villegas las publicó a los 29 años; Conde, «en los años más deliciosos de su vida»; José Canga Argüelles las dio a la imprenta a los 25 años.

No he podido consultar la edición «princeps» de los Canga Argüelles; me guío, pues, por el texto de la Edición Políglota que, salvo ligeras erratas, me parece bastante correcto.

El estudio siguiente tiene dos partes; la primera se compone de un cuadro comparativo del número de versos de que consta cada Oda en el texto griego de la Políglota, compulsado con el de la edición de Longepierre (1692), y en las versiones latinas de Estienne y Andreas y en las castellanas de los Canga Argüelles, de Villegas y de Quevedo. Este estudio se limitará al número de Anacreónticas que tradujo D. Esteban Manuel; aparte se especificarán las rimas asonantes de cada Oda del riojano y de los asturianos. La segunda parte comprenderá, poema por poema, un estudio de los préstamos y semejanzas que se encuentran en las versiones de los Canga Argüelles respecto a las de Villegas.

No se me oculta que el texto griego que manejaron los primeros, depurado por diversos filólogos, debió diferenciarse del texto utilizado por el segundo, pero las diferencias atañen, más que al número de versos, a ciertos pasajes del texto; estas diferencias no tienen mayor importancia para el fin que me propongo aquí; la tienen para la determinación de otros problemas que tengo en estudio y abrigo la esperanza, quizás ilusoria, de llegar a fijar, por eliminación, la edición que tuvo ante sus ojos el najerino; ésta debió ser una de las publicadas entre 1556 y 1616, pongamos como ejemplo; casi seguramente una edición francesa.

En la segunda parte de este estudio no irán sino los versos idénticos o semejantes; pero sería interesantísima una edición a dos columnas de ambas versiones completas, tanto más que de a edición de los asturianos quedarán, sin duda, contados ejemplares.

La numeración que llevan las Anacreónticas de los C. Argüelles y la de las de Villegas difieren porque éste puso a sus monóstrofes una introducción-dedicatoria a D. Iñigo Fernández de Velasco, Marqués de Añón, que empieza:

El Sileno de Baco,
el cisne de la Jonia,
sonoro con la lira,

festivo con la copa,
de Vuestra Señoría
hoy a los pies se postra,
y si no en su dialecto,
en frasis española.

Esta introducción lleva el número uno y la primera Anacreóntica el número dos, que corresponde a la número 1 de los Argüelles y así hasta la Oda 28; pero como la veintinueve no fue traducida por Villegas, desde la 30 coinciden los números hasta la 40; la 41 y 42 no fueron traducidas por D. Esteban Manuel, la 43 corresponde a la monóstrofe 44 de Villegas, quien tampoco tradujo la 44, correspondiendo la 45 a la monóstrofe 41, la 46 a la monóstrofe 45, la 47 a la 46 y la 48 tampoco fue traducida por Villegas, correspondiendo la monóstrofe 48 de éste a *L'Ode d'un ancien poëte sur Anacréon* en la edición de Longepierre, pág. 344 y al poema *L'apparition d'Anacréon* en la edición de Paul Pierre Rable, pág. 184, *Pièces Anacréontiques*, y a *Fragments d'Anacréon*. p. 103 de OAP; la monóstrofe 42 corresponde a la oda 51 OAP y a la 53 de Quevedo; la monóstrofe 43 corresponde a la oda 53 OAP y a la 55 de Quevedo y finalmente la monóstrofe 47 corresponde a *Fragments d'Anacréon* de la OAP, pg. 103 y a la paráfrasis 48 de Quevedo.

(Continuará)

